



CON PERMISO

ANIBAL NAZOA

Hoy la Puerta no se abre, se entreabre apenas como la quincalla "La Maquinita" de Capuchinos y aquella bodeguita del Cerro del Guásimo que los días de fiesta abrían una rendijita para atender a los vecinos urgidos de un carrito de hilo "Elefante" o una "sorpresa" para un niño desesperado por una sortijita de latón. Créanlo, no es fácil para un cronista caraqueño sentarse otra vez ante la máquina a decir lo que sea sabiendo que el poeta de Caracas y el cronista de Caracas están muertos y son tres, porque el poeta era Aquiles Nazoa y el cronista era Enrique Bernardo Núñez y el cronista otra vez era Aquiles Nazoa, una forma heterodoxa pero verdadera del matemático misterio de la Santísima Trinidad, Caracas, la ciudad más cruelmente castigada en todo el universo por la avaricia inconmensurable de la burguesía más nauseabundantemente comilona, malditos devoradores de árboles y arroyos que no conocen más satisfacción que la del billete ni otra estética que la del eructo, llora por los ojos de la gente decente, es decir del pueblo al que fue su cantor más valiente,ruiseñor por lo melódico y cucarachero por lo que hay que tener. Aquel muchacho que a los dieciocho años quedó, como se decía en el lenguaje manso de los velorios de antes, al frente de una familia, sacando de su mente la manutención de sus queridos madre y hermanos, y de sus manos los papagayos y carritos de ruedas de patín que la severa pobreza autorizada, fue padre y maestro que nos enseñó el arte de amar al pueblo y a serlo, porque también el ser pueblo es un arte que muchos olvidan apenas se les presenta la oportunidad de un título académico o un parentesco con algún chivato. Fue él quien nos enseñó a atesorar

el hambre y afinar la rebeldía contra los que nos la causaban, a la manera marxista-leninista según aprendimos después y orgullosamente sabemos ahora, ¿Qué esas son cosas políticas que no se deben decir en un obituario? Pues lo lamentamos, pero debemos decir las y ultimadamente, ¿quién dijo que esto era un obituario? Esto es una nota sobre Aquiles Nazoa, y se acabó.

Y se acabó, porque es tanto lo que tenemos que decir en torno a Aquiles Nazoa que en resumidas cuentas mejor no decimos nada. Sólo nos resta decir muy inmodestamente que estuvimos tan cerca de él como para preguntar como si fuera él mismo hasta cuándo el gobierno venezolano va a permitir que los venezolanos sigan muriendo en las carreteras y autopistas por voluntad de los vendedores de automóviles unida a la ineptitud de las autoridades del tránsito, el escasisimo seso de los encargados de señalar las "doblevías" y demás accidentes de la debilidad mental de los funcionarios llamados competentes. Porque el caso, señores, no es que haya muerto Aquiles Nazoa, sino que se están muriendo los venezolanos sin derecho a exequias oficiales, que nos estamos muriendo en las autopistas. Al suscrito, al fin y al cabo, le importa un comino porque lo más que le puede pasar es que un día de estos le toque como ciclista espiritual, hijo y hermano de ciclista, encontrarse con una gandola que lo mande a cazar el Snark de Lewis Carroll en la laguna de Tayguayguay en compañía de Aquiles Nazoa, lo cual es grande privilegio.
